



## HISTORIA NATURAL

### LOS ÁRBOLES GIGANTES

Así como entre las personas las hay de estatura alta y de estatura pequeña, y entre los animales los hay altos y bajos, también en los vegetales, en los árboles, los hay enanos y gigantes. Aquí vamos á ocuparnos de los vegetales gigantescos, que han alcanzado una edad avanzada, y por lo mismo, ya por su considerable elevacion, ya por su extraordinario volúmen, han tenido siempre la ventaja de atraer la atencion y de maravillarse por su magnitud, algunas veces verdaderamente imponente. En España tenemos en algunos bosques, árboles verdaderamente gigantescos, aunque ya escasean por las considerables talas que la ambicion del hombre determina en todas partes. Más bien se conservan árboles respetables en algunos paseos de capitales de provincia; pero también se

van trocando por las raquíticas acacias de boa, de que hoy se echa mano para todo jardin público ó municipal. En uno de los sitios reales, en el Escorial, existe el antiguo paseo *de los alamillos*, así llamado sin duda porque cuando se plantaron en tiempo de Felipe II, probablemente serian como todos los que se plantan, es decir, jóvenes; pero ahora que tienen más de doscientos cincuenta años, deberian llamar á aquel paseo, *paseo de los alamoses*.

Entre los árboles de Europa, se cita el tilo, con razon, como el que vive más años y adquiere el diámetro más considerable. En 1476 fué plantado uno de estos árboles en Friburgo (Suiza) para consagrar el recuerdo de la victoria de Morat, y hoy, que han transcurrido unos cuantos siglos, ofrece una circunferencia de más de cinco



metros. Pero cerca de Friburgo, era ya célebre en la época de la batalla de Morat otro tilo, que mide doce metros de circunferencia y veinticuatro de altura.

En Alemania se admira el tilo de Neudstadt, porque la copa que forman sus ramas tiene más de ciento treinta metros de circunferencia. Cada rama principal está sostenida por una columna, de las que se cuentan un centenar aproximadamente. La rama más larga de ese árbol, mide treinta y siete metros de largo.

Del roble existen también individuos gigantescos. La ciudad de Saintes posee un roble de unos dos mil años de edad, y tiene de alto más de veinte metros: su diámetro tiene más de veintinueve metros en su parte inferior.

Cerca de Neufchateau existe otro roble que servía de punto de reunión á los guerreros del siglo xv. Tiene veintitres metros de altura y diez y ocho de circunferencia.

Plinio refiere que existía en el Vaticano un roble verde que pretendían era aún más antiguo que Roma, y cita otro, situado en Tuxculo, cerca del templo de Diana, y que tenía más de diez metros de circunferencia.

En Allonville, cerca de Ivetot, existe un roble que tiene novecientos años. Por dentro le mandaron ahuecar, hicieron una escalera de caracol alrededor, y dentro construyeron una pequeña capilla, donde se dice misa en ciertas festividades. Otro roble conocido en la Moselle, tuvo antiguamente dentro una estatua de la Virgen, y tenía ocho metros de grueso. Los peregrinos acudían á suspender sus escapularios en las ramas de aquel árbol gigantesco, queriendo demostrar así la confianza

que tenían en la Santísima Virgen.

Cerca de Breslau se enseña un roble de más de mil quinientos años de edad, con una cavidad, dentro de la cual pueden sentarse en un banco diez personas. Tiene más de veinte metros de alto, y once de circunferencia. Pero todos conocen el nombre del célebre roble de la Constitución francesa de 1814, situado en el Connecticut. Era el mayor que se conocía, porque en la cavidad abierta en su tronco podía contener veintiocho personas de pié. Este árbol histórico cayó en 1857, y con este motivo tuvo lugar una función patriótica.

En Sicilia, cerca del Etna, existe el castaño llamado de los cien caballos, porque se supone que la reina de Nápoles, Juana de Aragón, se alojó durante una tempestad dentro de su tronco con los caballeros y damas que le acompañaban á caballo. En el hueco de su tronco unos campesinos han construido una habitación y un granero. En Sancerre, en Francia, existe otro castaño que tiene mil años, y una circunferencia de más de diez metros.

Existen también cedros de voluminosa estatura; pues se han visto hasta de treinta metros de alto y quince de circunferencia.

En Normandía se conocen tejos de algunos siglos de existencia. En Francia, en el departamento del Eure, se admiran dos que se cree tienen mil cuatrocientos setenta años de edad.

También hay cipreses de talla gigantesca, lo mismo que olmos y nogales, bambúes y baobabs, la velingtonia y el aragonario de Orotava, que miden alturas y diámetros sorprendentes.



## LA HISTORIA DE ESPAÑA

*(Continuacion)*

## VII

## LOS CARTAGINESES

Una rebelion de los pueblos de Castilla dió á Aníbal oportuna ocasion para manifestar sus dotes guerreras, pues logró subyugarlos, regresando á Cartagena cargado de riquezas. Sin embargo, no fué tan feliz en el año siguiente, en que entrando por las comarcas de Leon, puso sitio á las ciudades de Arbucala y de Salamanca, logrando rendir aquella, pero saliendo mal parado de su contienda con la segunda. Hé aquí lo que sucedió. Los salamanquinos, ó elmánticos, como se llamaban entónces, capitularon con Aníbal que si quedaban libres dejarían las armas y entregarían la ciudad. Avínose á ello el general cartaginés, pero las mujeres, que, amantes de sus hogares, no podían resignarse á dejarlos á los extranjeros, abandonaron las alhajas y demas bienes, sacando debajo de sus vestidos las espadas de sus maridos. Entretenidos se hallaban en el saqueo los cartagineses, cuando de improviso les atacan los españoles con las armas que las animosas mujeres les acababan de entregar, y en medio de la más espantosa sorpresa y confusion, quedan aquellos derrotados, y sólo logran salvarse apelando á la fuga. No se desanimó Aníbal con semejante descalabro, sino que reuniendo otra vez sus despavoridas tropas, acometió con ellas nuevamente á los

salmantinos. No quisieron estos humillarse aún, recibiendo á un extranjero por jefe de su territorio, y se retiraron á la cima de un elevado monte, en donde hubieran permanecido acaso mucho tiempo, á no haberles concedido Aníbal perdon y libertad para regresar á sus hogares.

Un suceso grandioso y heróico tuvo lugar más adelante. Aníbal encerraba en su pecho, como todo cartaginés, el mayor encono á los romanos, y ansioso de trabar con ellos encarnizada lucha, concibió el proyecto de sitiar á Sagunto, poblacion española, aliada de la república de Roma. Los embajadores que el Senado romano tenia en ella, protestaron de semejante intento; pero despreciando Aníbal toda clase de razones, y aparentando mediar en ciertas cuestiones locales, movió su ejército y rodeó á Sagunto con cincuenta mil hombres. En balde imploraron sus habitantes la proteccion de Roma, porque esta sólo intentó interponer razones políticas, y no tuvieron más remedio que defenderse como leones. Los cartagineses fueron varias veces rechazados; pero siempre corrian de nuevo al asalto, causándose mutuamente infinidad de víctimas. Apuraron los sitiados todos los víveres, consintieron al fin en rendirse con tal que se les conservara las vidas y haciendas; pero el cartaginés fué tan obstinado, que exigió se entregasen á discrecion, permitiéndoles salir libres sólo con los



vestidos que llevasen. A tan dura proposición, se excitó su patriotismo en términos que prefirieron mil veces perecer ántes que rendirse.

Encendieron en la plaza una grande hoguera, entregaron á las llamas todas sus alhajas, y en medio de una noche sumamente oscura, hicieron una impetuosa salida, atacando con ciego furor á los cartagineses. El combate fué terrible, y sólo terminó cuando no quedaba ningun saguntino. Comprendiendo entónces las infelices mujeres que no les quedaba ya ningun recurso, porque habian perecido sus defensores, quitaron la vida á sus hijos y sacrificaron las suyas al filo de las espadas ó entre las llamas del voraz incendio á que entregaron los edificios de su ciudad desgraciada.

Tal fué la suerte de Sagunto, modelo de lealtad y constancia; pero su catástrofe acarreó tambien un sin fin de azares sobre los cartagineses, porque Roma quiso vengarse y declaró á la prepotente Cartago la guerra, conocida por la segunda guerra púnica, entre ambas repúblicas, siendo la africana la que quedó para siempre arruinada.

España sufrió sobremanera en tan colosal contienda, porque tanto los cartagineses como los romanos tuvieron la lamentable destreza de escoger nuestro suelo para campo de batalla. En balde se adelantó Aníbal por los Pirineos y los Alpes hácia Roma; en balde derrotó tres ejércitos romanos que le salian al encuentro; porque mientras que aquel general se adelan-

taba por Italia ansioso de sitiar á la misma ciudad de Roma, esta república enviaba sus tropas á España, y ganaban cerca de Lérida una famosa batalla en que perecieron seis mil cartagineses. A esta victoria siguieron otras cuatro, y no sólo Publio Cornelio Scipion adelantaba sus conquistas en nombre de Roma, sino que por un bello rasgo de galantería lograba atraerse las simpatías de los españoles.

Presentáronle como cautiva una hermosa doncella, y sabiendo iba á casarse con uno de los principales mancebos de la Celtiberia, le mandó llamar, le entregó su amada, y le dijo que su mayor gusto seria verle feliz con tan hermosa prisionera. Los dos jóvenes se echaron á sus piés, y le dieron las gracias; y circulando tan hermosa accion de labio en labio, todos quisieron ser amigos del general romano, y hasta algunos príncipes del país le ofrecieron sus auxilios y sus tesoros. Así fué como se engrosó notablemente el ejército de Scipion, y desde entónces fueron preponderando las armas de los romanos; pues no sólo vencía con sus recursos y dotes militares, sino tambien con su afabilidad, desinterés, cortesanía y prudencia.

Algunos pueblos no quisieron someterse por completo, entre ellos Astapa, que se defendió y sucumbió heroicamente; pero al fin quedó la España entera sojuzgada por los romanos, pues no pudo contar con auxilio alguno de Cartago, porque esta poderosa república llegó á verse del todo abatida y humillada.

FLORENCIO JANER.







EL ARCA DE NOÉ



## LOS GRANDES INVENTOS CONTADOS Á LOS NIÑOS

### IV

#### LA PÓLVORA

##### I

Hoy, pequeños y queridos lectores, puedo ya empezar á hablaros del segundo invento que voy á presentaros.

¡La pólvora! ¡Qué miedo, queridos niños, os habrá causado tal vez muchas veces ver la inflamacion de dicha materia!

Y, sin embargo, puede ser que hayais imprudentemente jugado con cosa tan peligrosa; puede ser que hayais tenido lindísimas y pequeñas piecitas de artillería, relucientes cual el oro, aunque sólo de pobre metal fueran formadas, y que con ellas hayais producido terribles descargas, que si hacian daño podia ser muy bien en un indefenso ejército de pajaritas de papel, cuyos múltiples colores recreaban deliciosamente vuestra vista.

Seguramente que si tales cañoncitos no habeis poseido, no habrá sido, en verdad, por falta de deseo; si bien es más que probable que nunca hayais pensado en la causa que producía el tiro, y la velocidad con que, si cargábais con metralla vuestras piezas, salian de estas el plomo ó piedrecitas que con este objeto en ellas colocábais.

Si yo creyese que tal pensamiento habeis tenido, no hiciera por explicaros el secreto de la pólvora; pero supongo que os voy á comunicar una

cosa que nunca habrá cautivado vuestra atencion.

Pero indudablemente me equivoco; es preciso ántes deciros quién inventó la pólvora, invento terrible que ha venido á enseñorearse de la humanidad, rigiendo los destinos del mundo.

—¿Pues qué, direis, tal importancia tiene la pólvora?

—Seguramente, estimabilísimos lectores; y esto podreis comprenderlo mejor cuando seais hombres y esteis al corriente de los sucesos, cuando podais cercioraros de que la ambicion ó el egoismo causan á veces millones de muertes, millones de huérfanos, millones de lágrimas vertidas, de destrozos causados, de horrores consumados, cuyo principal medio de realizacion es la pólvora, la pólvora de que vengo á hablaros. Y... debo aprovechar esta ocasion; sí, pequeños lectores de Los Niños, debo deciros que odieis las guerras, que aborrezcais eso que existe por desgracia y cuyas consecuencias no podeis comprender, así como sus móviles no estarán tampoco al alcance de vuestra inocente imaginacion.

Hecho esto, creo que debo empezar á deciros el nombre del inventor de materia tan importante como esta de que trato en obsequio vuestro.

Consta en muchos libros, y es opi-



nion bastante admitida, que la pólvora fué inventada por un fraile aleman, que vivió en el siglo XIV de nuestra era, allá por los años 1350 y sucesivos. Esto es muy admitido, siendo el nombre de ese fraile Bertoldo Schwartz, cuyo apellido desde luego será difícil para vosotros.

Otros, porque en esto hay abundancia de opiniones, dicen que fué inventada por otro fraile, en el siglo XIII, cuyo nombre era Rogerio Bacon.

Y aquí tenemos, queridos niños, que despues de todo no sabeis quién inventó la pólvora.

¡Válgame Dios! ¡Cuántas dificultades se ofrecen á cada paso!

No debemos apurarnos por esto: seguramente es una contrariedad muy pequeña, si se la compara con las infinitas que á cada paso se presentan en esta vida.

Es necesario, pues, dilucidar esta cuestion, y para ello puede decirse que ni Bacon ni Schwartz fueron verdaderos inventores de la pólvora.

Esta existia, tal vez bajo otra forma, en la antigüedad, y se cree que la China ha conocido dicha materia hace siglos.

Por lo tanto, puede admitirse que nuestra pólvora no es más que la misma que existia en la antigüedad, si bien perfeccionada y aplicada á las armas de fuego.

Conocíase hace muchos siglos una sustancia inflamable, cuyo nombre era *fuego griego*, y que era usada en las guerras de aquellos lejanos tiempos.

No se conocen, á lo que parece, las materias que componian dicho fuego; pero es muy probable que el carbon y el azufre entrasen en él abundantemente.

¡El carbon y el azufre!

Vosotros conoceis muy bien la primera de estas materias, que tan comun es en vuestras casas, si bien la segunda no os será tan conocida.

Del fuego griego se han contado tantos absurdos, que pareceria cosa maravillosa su existencia, si tales hechos hubieran de admitirse.

Por esto, pues, si alguien os dijese que el agua no podia apagarle, no lo creais, porque está probado que el agua lo extingüia.

Y dejo de contaros muchas cosas que de él se han dicho, y probablemente seguirán contándose por algun tiempo todavía; pues no merecen siquiera la atencion que pudiera dedicárseles.

Creo yo, queridos niños, que, admitido el progreso de la pólvora y su origen en las materias explosivas que usaron los antiguos, debe considerarse la invencion como hija de los árabes; que añadieron al carbon y azufre otra sustancia llamada nitro; viniendo así á obtener una mezcla semejante á la pólvora que se usa hoy más comunmente, porque ahora hay necesidad de fabricar para los cañones más perfeccionados y para los fusiles de gran alcance, una pólvora más enérgica que la comun que en España se fabrica y sirve para los usos más vulgares.

Hoy la pólvora ha alcanzado, como vereis más adelante, una perfeccion extraordinaria, permitiendo la admirable fuerza y precision de las armas de fuego, cuyos estragos han llegado á ser tan terribles, que pronto esta misma perfeccion, que va en aumento, las hará completamente inútiles.

Sensible es que tanto se trabaje para el exterminio y para el mal; sensible que la inteligencia del hombre se de-



dique á objeto que tanto perjudica, como si otras muchas cosas no hubiera que necesitan todo el esfuerzo de la humana é intelectual actividad.

Tengamos, empero, queridos niños, plena confianza en que llegue un dia en que el amor y la caridad sean el patrimonio de todos los pueblos; dia dichoso que puede llegar si á la idea del bien llevan todos su comun iniciativa.

Veo que me he extendido bastante en este artículo, y que no puedo ter-

minar aquí el estudio de la pólvora; pero como dicen que hay muchos dias, y como, Dios mediante, pueden Los NIÑOS en otro número ofreceros la continuacion de éste que en el presente no puedo terminar, dejo para otro dia seguir contándoos lo que desearia con todo mi corazon fuese de vuestra estimacion y agrado.

Hasta otro número, pues, queridos lectores.

E. THUILLIER.

## LA VIRGEN DEL PILAR

Hay á orilla del Ebro, caudal de España,  
un *pilar* tosco y rudo, tosca bandera;  
el rio con sus ondas el pilar baña  
y le adoran los pueblos de la ribera.

Es el profeta  
de cien destinos,  
en él descansan  
los peregrinos

y alientan los que llevan, puestos de hinojos,  
dolores en el alma, llanto en los ojos.

En él aposentada de noche y dia  
está la inmaculada Virgen María;  
á verla van los reyes y los pastores;  
por ella tienen cantos los ruseñores,  
frutos el valle,  
luz el ambiente,  
flores el campo  
y agua la fuente,  
y por ella los hijos de aquella tierra  
fueron siempre dichosos en paz y en guerra.

Lucian de mi vida las alboradas  
y eran dulces los sueños en que dormia;  
mi sueño acariciando con sus veladas  
me arrullaba en sus brazos la madre mia,

y murmurando  
tiernas canciones  
me fué enseñando  
sus devociones:

«La vírgen, de los niños es protectora;  
cuando los niños mueren, suspira y llora.»

Al templo me llevaron de la ribera,  
y ante el pilar bendito con embeleso,  
á rezar me enseñaron con fe sincera  
y á adorar en la imágen dándole un beso.

Por cada beso  
que al pilar daba,  
ciento mi madre  
me regalaba.

Cuida, señora, al ángel de mis amores,  
haz que sea su vida senda de flores.

Pasaron muchos dias que hicieron años,  
y sufrí de la vida los sinsabores,  
anublaron mi frente los desengaños,  
y me abrumaba el peso de mis dolores.

Y ansiando dias  
de bienandanza,  
la Virgen pura  
fué mi esperanza.

¡Virgen, en cuyos ojos el cielo miro,  
mírame que de hinojos lloro y suspiro!

Siempre de la plegaria brotó consuelo,  
y un ángel de la tierra mi afan calmando,  
mensajero dichoso del bien del cielo,  
mi madre mis pesares fué consolando.

Y aunque sufriera  
rudos dolores,  
siempre lucieron  
dias mejores.

¡Virgen, á cuyo amparo mi mente crea,  
mil veces alabado tu nombre sea!

EUSEBIO BLASCO.





### SANTA FLORA

Santa Flora, vírgen de Córdoba, y no sevillana como otros creen, fué tan célebre por su hermosura como por su amor ardiente á la verdadera religion. Desde su más tierna edad miró con desprecio las vanidades y pompas de este mundo, y se ejercitó en austeras penitencias y mortificaciones, asistiendo y consolando á los cristianos cuando con mayor crueldad eran perseguidos por los sarracenos. Para observar más perfectamente la ley de Jesucristo, se habia ausentado de su casa; la encontró un hermano suyo que era sectario de Mahoma, y previendo la Santa que con su fuga podia ser causa de que los demas fieles sufriesen gran persecucion, confesó públicamente su fe. La persuasion, el tratamiento riguroso y cuantos medios empleó su familia fueron ineficaces para disuadirla; y entónces su mismo hermano la acusó ante el juez. La santa doncella confesó resueltamente que era cristiana y estaba dispuesta á mo-

rir defendiendo las sublimes verdades de la religion que profesaba. Irritado el juez con aquella firmeza, mandó que atormentasen á la Santa dándole crueles golpes en la cabeza; pero infructuosamente, porque se mantuvo constante en su resolucion. Su hermano la llevó de nuevo á su casa é hizo que la curasen sus heridas; mas no bien convaliente de ellas, se fugó segunda vez, y acompañada de otra vírgen cristiana, nombrada María, volvió á presentarse ante el juez confesando á Jesucristo. El magistrado ordenó que entrambas fuesen conducidas á una mazmorra, y despues de una larga y cruel prision fueron sentenciadas á la pena de muerte y degolladas en el año 851, el dia 24 de Noviembre, que es el de su fiesta. Arrojaron los cadáveres al Guadalquivir, y el de Santa Flora, por más diligencias que hicieron los cristianos, no pudo ser descubierto.



## LAS MENTIRAS INOCENTES

(Conclusion)

La marquesa entró en la clase llevando á Augusto de la mano: «Me llevo á mi hijo, dijo al profesor, y si mi esposo sigue mi consejo, os aseguro que no volverá.

—V. y su esposo son dueños de hacer lo que gusten, respondió friamente el maestro, y siguió enseñando á sus discípulos.

—A fe mia, dijo la marquesa subiendo á su carruaje, que ese profesor tiene unas maneras muy extrañas conmigo. Yo creí que me daría alguna excusa, y me suplicaría que no me llevara á mi hijo, una criatura tan amable... ¡el niño más aplicado!... ¿No es verdad que es un insolente?... ¿No eres de mi mismo parecer, Sofía?

Sofía no respondió nada, porque estaba entretenida en mirar á los dos niños: Augusto en la portezuela del coche, y el otro en la ventana de la clase: los dos se miraban con aire amenazador, como dos gatos próximos á lanzarse el uno sobre el otro; y Sofía, al verlos así, se figuró por un momento que la oreja rota era el efecto ó la causa de la mejilla ensangrentada y de los cabellos arrancados de Augusto, y al figurarse esto, no creía más que la verdad. La marquesa pensaba lo mismo, aunque aparentando estar muy irritada contra el maestro; y decidida á aprovechar aquella ocasión para sacar á su hijo del colegio, contaba con

Sofía para que la ayudara en la realización de su proyecto; y en efecto, la jóven, acostumbrada á no respetar la verdad, se había decidido á mentir para satisfacer los deseos de la marquesa, creyendo dar con esto una muestra de complacencia.

Así sucedió; cuando llegaron donde se encontraba el marqués, su esposa empezó á darle mil quejas del director del colegio, y añadió presentando á Augusto:

—Mira cómo trata á nuestro hijo su profesor; le ha arrancado los cabellos y le ha puesto ensangrentada la mejilla.

El marqués, brusco por naturaleza, estaba aquel día de peor humor que de costumbre, y se encogió de hombros, al mismo tiempo que murmuraba:

—Siempre estás con la misma canción, sosteniendo que Augusto es bueno, y hablando pestes contra su maestro, que es un hombre muy honrado y de muy buena educación, é incapaz, por consiguiente, de hacer lo que me estás diciendo.

—¡Cómo incapaz, cuando por mis propios ojos he visto pegarle y arrancarle los cabellos!

—Dí, más bien, que se te ha figurado que lo has visto. Tú nunca ves muy claro cuando se trata de tu hijo.

Augusto, que no tenía muchas ganas de que le interrogara su padre, y



que, á pesar de su mala condicion, no era capaz de tan odiosa mentira, no hacia más que llorar desafortadamente para de este modo dispensarse de responder.

—Puesto que no quieres creerme, dijo la marquesa, fingiendo estar indignada, me parece que creerás á Sofía, que lo ha visto lo mismo que yo.

—¡Ah! dijo el marqués cambiando de tono, si esta señorita ha sido testigo de ese hecho, ya varía la cuestion. ¿Ha visto V. pegar á Augusto y arrancarle los cabellos?

¡Qué instante aquel para Sofía! Y, sin embargo, no se alteró. La desgraciada costumbre que tenia de mentir, le dió valor para responder resueltamente:

—Sí, señor, lo he visto.

El marqués, lleno de sorpresa, guardó silencio durante algunos instantes.

—Y bien, exclamó la marquesa con aire triunfante, ¿me creerás ahora y dejarás por más tiempo á nuestro hijo en manos de un hombre como ese?

—Jamás le hubiera creído capaz de hacer una accion semejante. Todo lo que me habeis dicho parece un cuento; pero puesto que esta señorita lo ha presenciado, no debo tener la menor duda de que ha pasado como me lo has referido. Voy á escribir al momento al profesor que Augusto no volverá á poner los piés en su casa.

Y despues de pronunciar estas palabras; se fué á su despacho á escribir la carta, que envió con un criado, con órden expresa de que se trajera todos los efectos de Augusto.

La marquesa estaba llena de alegría, su hijo no lloraba ya, y saltaba y brincaba por el salon lleno de contento porque se veia libre de su maestro, no

comprendiendo que en el nuevo colegio donde le pusieran no le pasarian sus travesuras ni sus caprichos, y que quizas encontraria en sus nuevos profesores ménos paciencia y ménos bondad. En cuanto á Sofía, sonreia á la marquesa y á Augusto; pero en el fondo de su corazon estaba muy poco satisfecha de sí misma.

La respuesta del maestro llegó bien pronto, y en ella decia que veia con sentimiento que el marqués le retirase su confianza, y que lamentaba no tener á Augusto á su lado; pero puesto que su conciencia le decia que no habia hecho nada para caer en el desagrado de los padres de su discípulo, esto le servia de consuelo.

Ya que conocemos la fatal costumbre de Sofía, vamos á ver sus desgraciados y lamentables resultados.

El dia siguiente la señora de Duran, cuyo marido habia salido, se encontraba sentada tranquilamente en la trastienda con una amiga íntima, á la que hablaba en estos términos:

Nuestros negocios están algo dudosos, y nos hallamos muy inquietos. Mañana debíamos pagar al Sr. de Gonzalez cuarenta mil reales, y no los tenemos. Sin embargo, el Sr. de Gonzalez nos ha dado quince dias de término, y esto nos salva, porque de aquí á esa fecha, estamos seguros de poder disponer de esa cantidad. Sin ese plazo, estábamos perdidos. ¡Cuántos malos ratos nos hemos dado mi esposo y yo para poder pagar esa cantidad! ¡Con qué economía hemos vivido desde hace seis meses! No he comprado ni un vestido, ni un sombrero, ni una cinta siquiera para mí ni para mi hija. Pues ¿y nuestra comida durante ese tiempo? Nada más que lo preciso, y eso escaso. Hace tres



días, cuando Sofía y Clara vinieron á comer con nosotros, ¿qué es lo que les hemos dado? Nada más que un asado y un plato de patatas. He sentido no poder obsequiarlas; pero no se puede hacer otra cosa cuando se tienen deudas. Hasta que no se hayan pagado las deudas, debe uno privarse de todo.

Al acabar de pronunciar estas palabras, entró en la trastienda el señor de Gonzalez con aire amenazador. Al verle la esposa de Duran, adivinó una mala noticia, y palideció.

—Señora, dijo el recién llegado, ya sabe V. que su marido debe pagar mañana una letra de cuarenta mil reales.

—Pero, caballero, respondió con voz entrecortada la afligida señora, ¿no nos había V. prometido que esperaría quince días?

—Había hecho esa promesa, pero me arrepiento de ella.

—¿Y cómo quiere V. que encontremos de hoy á mañana esa suma?

—No creo que les costará mucho trabajo el encontrarla; pues cuando tienen Vds. dinero para dar espléndidas fiestas, no les faltará para pagar sus deudas.

La señora de Duran no comprendía nada de aquel lenguaje.

—¿Fiestas espléndidas? dice V.

—Sí, señora. Parece que se divierten Vds. bastante. Antes de ayer, sin ir más lejos, han dado una magnífica cena, seguida de un magnífico concierto... ¡Oh! ¡no lo niegue V.!... Mi mujer me lo ha contado todo eso, y sabe todos los detalles por una joven que salió bien tarde de esta casa. El conocimiento de este hecho, señora, ha venido á echar por tierra todo el interés que tomaba por Vds. Tenía un gran placer en ayudarles, cuando los

creía económicos y prudentes. ¡Desgraciadamente, veo que me han engañado!... ¡Una fiesta así cuesta lo menos dos ó tres mil reales! Por lo tanto, ya que arrojan Vds. así el dinero por la ventana, no debo ser tan tonto que deje el mío en sus manos. Espero, pues, que me pagarán mañana hasta el último céntimo, ó si no procederé al embargo.

Y al concluir de pronunciar estas palabras, salió el Sr. de Gonzalez furioso, sin querer escuchar al Sr. Duran, que acababa de llegar á su casa, y protestaba en vano de su inocencia.

En aquel momento entró Sofía en la trastienda, con semblante risueño; pero al ver á la señora de Duran anegada en llanto, cambió bien pronto de expresión.

—¡Ah, mi querida Sofía! exclamó la señora Duran, estamos perdidos... ¡qué personas tan malas hayen el mundo!... Le han dicho al Sr. de Gonzalez una infinidad de abominables mentiras contra nosotros. Le han dicho que en vez de hacer economías para pagarle, nos gastamos el dinero en dar cenas y conciertos magníficos. ¿Quién habrá sido el infame que así nos ha calumniado?

Estas palabras fueron para Sofía un tremendo golpe, y apenas tuvo fuerzas de decir á la señora de Duran:

—¡Oh! yo soy la desdichada que, sin querer, he hecho el mal que V. lamenta. ¡Ojalá pueda repararlo!

Y salió de aquella casa que había llenado de tristeza y angustia con sus mentiras, y se dirigió á donde estaba su padre, á quien contó llorando y llena de dolor la falta que había cometido, y le suplicó que fuera en seguida á casa del Sr. de Gonzalez, á fin de decir la verdad. Su padre, después de afear á



Sofía tan torpe conducta, corrió á casa del Sr. de Gonzalez, y le contó toda la verdad. Este, que sabia que el padre de Sofía era un hombre de honor, incapaz de la más insignificante mentira, se convenció de que era verdad todo lo que le decia, y le habló así:

—Ya veo que los esposos Duran son buenos; corro á darles mis excusas, y á decirles que esperaré quince dias, y aunque sea un mes, el dinero que me deben; pero diga V. á Sofía que debia morirse de vergüenza, porque poco ha faltado para que por sus ridículas mentiras haya sido yo la causa de la ruina de un honrado comerciante. Por ella y por V. me alegraré de que se corrija.

Despues de esta ocurrencia, Sofía estuvo enferma por el sentimiento que le causó. Cuando se puso buena, fué con su padre y con su hermana á comer en casa del marqués. El tiempo estaba magnífico, y las señoras se paseaban por el jardin. El marqués se habia quedado en el salon con Augusto; un amigo del marqués entró, y Augusto corrió á abrazarle.

—Y bien, Augusto, le dijo, ¿está el profesor contento contigo? ¿Qué tal se porta?

El niño se puso colorado, y el marqués dijo:

—Augusto no está ya con el mismo profesor.

—¿Y por qué? ¿No le queria tener en su colegio? Siento que no siga en tan buenas manos.

—No ha sido él quien no ha querido tenerle, he sido yo quien le ha sacado del colegio.

El amigo pareció muy sorprendido.

—¿Y por qué?

—Ya se lo contaré á V.

—No, le suplico á V. que me lo diga

en seguida, porque tengo interes en saberlo.

—¿Qué interes puede V. tener en saberlo?

—Estoy obligado, en conciencia, á conocer á fondo su carácter y su conducta. Su fortuna depende en este momento de la opinion que forme acerca de él.

A estas palabras, Augusto, á pesar de su ligereza, pareció muy atento.

El marqués suplicó á su amigo que explicara sus palabras, y éste lo hizo así:

—Tengo encargo de un alto personaje, de un príncipe, de buscar un profesor para su hijo. Esta plaza es magnífica. No solamente recibirá el profesor durante todo el tiempo de su educacion un buen sueldo, sino que despues que concluya ésta, se le asegura una pension de veinte mil reales todos los años. Se desea un hombre de gran talento, de profundos conocimientos, y sobre todo de un carácter irreprochable. Habia creido reconocer todas estas cualidades en el profesor de Augusto, y pensaba haberlo propuesto.

—¡Oh! no haga V. tal cosa, exclamó el marqués; es muy malo, tiene muy mal carácter. En vez de corregir á Augusto con dulzura, le trata de mala manera; últimamente le ha arrancado los cabellos y le ha puesto la cara llena de sangre; por eso le he sacado de su colegio.

El amigo del marqués parecia profundamente indignado.

—¡Oh! exclamó. ¡Qué maestro era el que iba yo á recomendar! Afortunadamente me ha advertido V. á tiempo, y le doy gracias por ello.

Durante este diálogo, Augusto estaba vivamente agitado. Su corazon



se entristecía, porque las consecuencias de la mentira que él había confirmado con su silencio le espantaban.

A pesar de lo aturdido que era, no tenía malos sentimientos; así es que empezó á llorar, y se arrojó en los brazos de su padre, exclamando:

—¡Oh, papá, no haga V. que por mí pierda mi profesor tan buena colocación! Nunca me ha hecho daño, y cuando me ha castigado, ha sido con razón. Mamá se ha equivocado.

Al oír el marqués y su amigo estas palabras, se quedaron sorprendidos.

—¡Qué excelente niño! murmuró el último. No solamente olvida el mal que le hacen, sino que quiere devolver bien por el daño recibido.

Al oír estas palabras, el marqués abrazó á su hijo.

Augusto no cesaba de llorar.

—No merezco que me acaricie usted porque no he dicho la verdad. No ha sido mi profesor, sino Perico, quien me ha arrancado el pelo y me ha lastimado la cara.

—Pero, hijo mio, dijo el marqués un poco inquieto, por generosidad es sin duda por lo que tú hablas así; porque no cabe duda que te ha maltratado cruelmente: tu madre y Sofía lo han visto.

En aquel momento entró Sofía en el salón; el marqués empezó á adivinar la verdad, y le dijo con tono grave y solemne:

—Señorita, ¿recuerda V. todavía lo que me dijo acerca de la conducta del profesor de Augusto.

—Sí, señor, respondió Sofía poniéndose muy encarnada.

—¿Usted vió que pegaba á mi hijo, que le arrancaba los cabellos y le lastimaba el rostro?

Sofía no respondió.

—Se trata en este momento del honor del antiguo profesor de Augusto, de su fortuna y de su porvenir. Por mucha confianza que tengamos en usted, señorita, no podemos condenarle sin oírle. Le voy, pues, á suplicar que venga, para que se sepa toda la verdad. Lo que V. me dijo, V. lo repetirá delante de él: ¿no es cierto?

Al oír estas palabras, Sofía se dejó caer sobre un sofá, y ocultó el rostro entre las manos.

El marqués comprendió la verdad, y no quiso tratarla con la dureza que merecía.

—Ha sido V. engañada, según creo, y este error ha podido ser la causa de la desgracia de un hombre honrado. Afortunadamente se ha descubierto el error, y el buen profesor de Augusto tendrá el empleo que tan bien merecido tiene por su virtud y por su talento.

Después, dirigiéndose á Augusto, que había pasado del dolor á la más viva alegría, le dijo:

—Aprovecha, hijo mio, esta lección; no olvides nunca que la mentira es siempre una falta muy grave, y algunas veces un crimen; que hasta la que más inocente parece, puede producir los efectos más funestos, y que el que con su silencio da su aprobación á una mentira, es tan culpable como el que miente.

La lección iba dirigida á Augusto; pero Sofía comprendió que no debía desaprovecharla.

Desde aquel día, Sofía fué tan formal y tan juiciosa como su hermana Clara, y no volvió á mentir jamás.

L. D'ALTEMONT.



## EL DANZARIN

¡Qué alegre estaba Federico cierto día que bailaba en derredor de un cubo de agua colocado en medio del patio de su casa! No tenía límites su regocijo; batía las palmas, reía, cantaba, y de un modo tan exagerado hacia ver su extremado contento, que atrajo la curiosidad de sus padres, los que, asomándose á una ventana que daba al patio, vieron llenos de admiracion estas singulares demostraciones de alegría; pero ignorando la causa que las produjera, y deseosos de averiguarla, bajaron al patio, precisamente en ocasion que Lidora, la gata de la casa, daba tambien vueltas en derredor del cubo, y tristemente mayaba; pero Federico, sordo á los clamores del pobre animal, seguia cantando, como complaciéndose en sus quejidos; Lidora entónces, impulsada tal vez por un instinto de venganza, se abalanzó á Federico y clavó las uñas en su cabeza. Ya Federico no canta, que llora, y con los más lastimeros gritos pide que le socorran. Sus cariñosos padres, que por fortuna llegaron en este momento, seguros de presenciar una escena bien diferente, acuden presurosos á Federico, y no sin trabajo logran evitar que la gata se cebe por más tiempo en la rubia cabellera del niño. En tanto que la madre atiende á socorrer y consolar á su hijo, el padre se aproxima al cubo, como quien procura averiguar el origen de lo que pasa.

—Magdalena, dijo volviéndose á su mujer, no trates de consolar á Federico; cuanto le pase le está muy bien empleado.

—¿Qué ha hecho el niño?

—Ven, acércate, y verás los pobres hijitos de Lidora nadando en el agua del cubo; mira, pues, en lo que nuestro niño se complacia.

—El cielo te ha castigado, Federico, dijo la madre á su hijo, mientras que D. Antonio, su papá, sacaba los gatitos del cubo, y los restituia á Lidora, cuyos clamores fueron entónces ménos amargos.

Lidora subia la escalera delante de D. Antonio, y de vez en cuando volvía la cara y maullaba con ternura, como dando gracias al compasivo conductor de sus hijos, los que, habiendo sido colocados en la camita donde habian nacido, la madre los recibió con dulces halagos, acariciándolos y dándoles su calor: los gatitos crecieron, y al cabo de algun tiempo fueron tan graciosos y tan bonitos como Lidora, conservando siempre una gran aversion al cubo del agua del patio; pues para ellos era aquello la mar.

En cuanto á Federico, baste decir que por espacio de quince días tuvo que andar vendado y sufriendo las consecuencias de los arañazos de Lidora, avergonzándose al recordar el motivo de sus padecimientos; mas esto le escarmentó de tal manera, que siempre que buscaba una distraccion consultaba consigo mismo con el fin de ver si su diversion era dañosa para alguno. Sirva este cuento de leccion para los niños, y sin poner á prueba sus malas inspiraciones, recuerden lo que sucedió á Federico.



## LOS ANIMALES



## TRISTE ESCENA

En casa de mis amiguitos Santiago, Rosario, Antonia y Angelito, cuatro hermanos que se quieren mucho, ha ocurrido una tremenda desgracia; se ha muerto un perrito que les tenia singular cariño, agradeciendo el que le demostraban sus cuatro amos.

Contemplad, queridos niños, el acto del entierro del animalejo. Los niños le han llevado á la huerta acompañados del gato de la casa y de un perro, amigo del muerto, han abierto una zanja, y ya le van á cubrir de tierra. En tan crítico momento los niños están mudos, aterrados, graves, llenos de espanto.

Yo no extraño que tanto les impresione la muerte de un perrillo; así se demuestran claramente los bellos sentimientos de mis cuatro amigos.